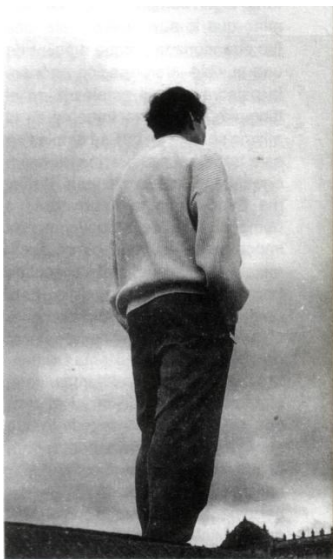


EGO Y RENDICIÓN

"The Ego Factors in Surrendered in Alcoholism". Documento presentado por Harry M. Tiebout M. D. en a Quinta Reunión internacional de Doctores en Alcohólicos Anónimos. Akron, Ohio, mayo 5, 1954 y revisado posteriormente por su autor.

Durante los últimos 15 años, mi comprensión del alcoholismo como enfermedad ha sido fundamentalmente influenciada siguiendo paso a paso los mecanismos que trabajan en el proceso de Alcohólicos Anónimos. Hace algunos años afirmé que el éxito en A. A. depende de provocar la rendición de una parte del individuo. Recientemente, estudié la idea de complacencia, condescendencia o deferencia que actúa como un obstáculo para la aceptación total y real que produce la rendición. En esta ocasión me propongo llevar mis observaciones a discutir los factores que en el individuo deben rendirse y de qué manera la reacción de rendición cambia el panorama psíquico interior.

El primer punto, cuáles factores deben rendirse en el individuo, recibió atención pasajera



en mi trabajo sobre la complacencia. Ahí, en relación a la dificultad que implica la rendición, hice notar que "la presencia de un ego aparentemente invulnerable es evidente. Es ese ego que debe volverse humilde". La primera parte de este trabajo estará dedicada a una elaboración de la naturaleza de este factor llamado ego.

El uso de la palabra ego acompaña siempre la posibilidad de una confusión de sentido. Por eso, durante algún tiempo pensé en un término que lo sustituyera. Esta idea fue abandonada porque a pesar de una posible interpretación errónea, la palabra ego es empleada en el lenguaje diario, exactamente en el mismo sentido en que se emplea en este trabajo. La expresión "tiene un ego inflado", se explica por sí misma. Evoca la figura de un individuo pomposo que se atribuye mucha importancia; un fatuo cuyos sentimientos de inferioridad se ocultan tras una seguridad superficial. Esta

persona se describe ordinariamente como que no le importa nada, carente de sensibilidad que no toma en cuenta la existencia de los demás, completamente centrado en sí mismo, que se abre camino suceda lo que suceda y que intenta acaparar para él mismo todas las facilidades y satisfacciones disponibles. Es generalmente considerado como el arquetipo del egoísmo y ahí queda la cosa.

Esta manera popular de ver el ego, aunque no tenga fundamentos científicos tiene un valor específico; posee un sentido y transmite un concepto que una persona promedio puede entender. Este concepto del ego inflado reconoce el origen común de toda una serie de rasgos, especialmente aquellos que son manifestaciones de un estado fundamental de sentimientos según los cuales predominan y van en primer lugar las consideraciones personales.

Freud dividió la vida mental en tres grandes apartados: el *id* a nivel de instintos; *el superego* o conciencia, que aplica los frenos a las de mandas del *id*, y el *ego*, que actúa como mediador entre los anteriores. Las investigaciones freudianas dejaron un cierto vacío respecto al ego y los psiquiatras han vacilado sobre las connotaciones precisas de esa palabra, aunque legos y expertos entiendan de la misma manera el concepto del ego inflado. La solución en este trabajo consistirá en escribir con mayúscula Ego, la parte de la personalidad que puede crecer fuera de toda proporción y, ego, con minúscula, el aspecto de la personalidad considerado en los estudios de Freud.

Tomando eso en cuenta, examinaremos los factores del Ego en el alcohólico que, mediante la rendición, llega a ser humilde. Aunque el concepto amplio del Ego se establece a través de la observación ordinaria, los que no lo encuentren en sí mismos podrán observarlo en algún miembro de su familia, entre amigos, para no mencionar a pacientes. Toda la gente conoce personas egoístas y tiene una idea muy clara sobre el significado de la palabra. Además de egoísta y la serie de adjetivos mencionados antes, para completar el retrato se pueden añadir: orgulloso, arrogante, agresivo, dominante, buscando llamar la atención, testarudo, necio e impaciente.

Sin embargo, todos esos términos son inadecuados en cuanto describen actitudes superficiales, sin comunicar ninguna idea esencial sobre el Ego. Conviene pues dar cuenta de las capas profundas en la mente de las personas para aclarar las bases fundamentales del Ego.

Creo conveniente adelantar la conclusión, antes de exponer las evidencias que la fundamentan. En suma, el Ego se forma de elementos de la naturaleza original del niño, que persisten en la psique del adulto.

Ciertos aspectos de la psique infantil pueden ser examinados con provecho. Existen tres factores que deberán ser mencionados. El primero, como Freud observó según frase:

“Su majestad el niño”, expresa que el infante, desde que nace, tiende a comandar el mundo a su alrededor. Viene del nirvana de la matriz, donde generalmente es el único ocupante, y se adhiere a la omnipotencia con una inocencia y una determinación que confunde completamente a los padres.

El segundo aspecto, que deriva directamente del monarca interior consiste en que el niño apenas si tolera la frustración y lo hace saber ruidosamente.

El tercero de los rasgos de la psique infantil es su tendencia a hacer todas las cosas apresuradamente. Basta observar a los niños en la playa: corren más que caminan. Al volver a casa tratan de jalar el automóvil para apresurarlo. Es difícil que se interesen en juegos que requieren periodos de concentración. En suma, todo lo que hagan debe hacerse con rapidez.

En los primeros años de vida, la psique: 1) asume naturalmente su omnipotencia, 2) no acepta frustraciones o contradicciones, y 3) trata de hacer las cosas a toda prisa. Ahora, la pregunta es: ¿Si esta psique infantil persiste en la edad adulta, cómo se manifestará su presencia?

En términos generales, cuando los rasgos infantiles continúan actuando en la edad adulta, la persona es clasificada como inmadura. Esta etiqueta se adhiere generalmente con poca comprensión de su exactitud. Por eso es necesario interligar esos tres rasgos de la psique original con la inmadurez y, al mismo tiempo, mostrar su manera de afectar la psique del adulto. Cuando esto se haga, no sólo será correcta la apelación de "inmaduro", sino, sobre todo, se entenderá la naturaleza de los fundamentos inconscientes del Ego.

Dos métodos pueden ayudar a conocer la relación entre inmadurez y la persistencia de rasgos infantiles. El primero se logra por un esfuerzo de imaginación introduciendo los elementos infantiles en el inconsciente del adulto. La validez de este procedimiento se funda en el conocimiento moderno sobre la naturaleza de las fuerzas que operan en el inconsciente de las personas de edad madura. El segundo método consiste en estudiar el efecto de la prolongación de las características infantiles sobre el individuo adulto

Se puede tomar, por ejemplo, la tercera de las características de la psique original: la tendencia a actuar apresuradamente. Si esta inclinación prevalece en el inconsciente, ¿cuál será el resultado? Ciertamente, el individuo actuará todo el tiempo apresuradamente. Pensará con rapidez, hablará y vivirá con prisa, o bien, le tomará mucho tiempo y esfuerzo controlar su tendencia al apresuramiento.

A menudo, el resultado será el de una oscilación entre periodos de apresuramiento y otros en que se reversará la tendencia; los frenos (superego) serán aplicados vigorosamente.

El paralelo entre estos rasgos y la conducta del alcohólico no debe perderse de vista, especialmente para aquellos que tienen experiencia con esta clase de pacientes.

Tomemos ahora el mismo rasgo de apresuramiento en todos los actos, para aplicarle el calificativo de "inmaduro". Pocos negarán que brincar a las conclusiones, hacer las cosas a la máxima rapidez, ofrece evidencia de inmadurez.

Es la juventud la que piensa rápido, siente rápido, maneja vehículos rápidamente, se mueve y actúa en la mayoría de los casos rápidamente. No hay duda de que una de las características de la inmadurez es la propensión a actuar bajo presiones interiores para cumplir lo que tiene que hacer.

Abundan los grandes planes, grandes proyectos, gran desesperanzas, desafortunadamente desprovistos de la habilidad de producir. El efecto sobre el adulto de una característica infantil persistente para hacer las cosas en menos del tiempo necesario, puede ser considerado bajo una nueva luz: ese rasgo en el adulto es un sobreviviente de la psique infantil original.

Los otros dos rasgos persistentes de la psique infantil contribuyen también a la caracterización de la inmadurez y ayudan a esclarecer la naturaleza del Ego (con mayúsculas). El primero: el sentimiento de omnipotencia, que cuando se desplaza a la vida adulta afecta al individuo de modo fácilmente anticipable. La omnipotencia se asocia desde luego con realeza y aun con divinidad. El resultado en el inconsciente de esa persona es la creencia de que es un personaje especial, que tiene derechos excepcionales. Una persona así encuentra imposible funcionar dichosamente en niveles ordinarios. Obsesionado con su inspiración divina, la consideración de operar en los bajos y humildes estratos de la vida lo angustian profundamente. La sola idea de que un lugar semejante es el único que puede ocupar es, en sí mismo, un golpe al Ego, cuya reacción es desarrollar un sentido de inferioridad ante su fracaso para ocupar una posición más distinguida. Por otro lado, cualquier éxito logrado llega a ser solamente alimento para el Ego y con ello realza la estimación de sí mismo a niveles fuera de toda realidad.

Es el rey que se intoxica con evidencias de su valer excepcional.

La habilidad para manejar los asuntos de Estado, grandes y pequeños, se da por descontada. La idea de que él es un ejecutivo nato colocado en un lugar equivocado, no hace sino confirmar su convicción de que es víctima de una apreciación equivocada y aun de sabotaje por parte de gente celosa que pone obstáculos en su progreso. El mundo está habitado por gente egoísta, cuyo interés es solamente su propia mejoría.

La génesis de todo este proceso no está al alcance de su percepción. Por eso, decirle que sus reacciones nacen de las exigencias de un rey insatisfecho que lleva en su interior, es provocar su incredulidad y su desconfianza, ya que en su mente consciente no tiene esos pensamientos y sentimientos. La gente que a pesar de todo continúa aferrada a su exigencia de prerrogativas divinas, acaba viviendo en un mundo especial construido por ellos mismos.

En otros, las presiones de la omnipotencia están mejor enterradas. La persona admitirá que en muchos sentidos actúa como un mocoso consentido, pero no estará consciente de la extensión de su tendencia, ni de cuán profundamente arraigada la tiene. Esa persona, como mucha gente, evita resueltamente un cuidadoso estudio interior porque el reconocimiento de tales actitudes internas es altamente perturbador. La fe inconsciente en las propias prerrogativas especiales se parece mucho al egoísmo descarnado y, contemplarlo es muy desagradable.

Por eso, la mayor parte de las veces, la gente se conserva felizmente ignorante de los impulsos inconscientes que lo cercan. Esa gente puede mostrarse sorprendida por su agitación interna y deseará liberarse de esos sentimientos constantes de dificultad y desajuste. Podrán reconocer su nerviosidad y la facilidad para excitarse y desear que llegue un tiempo en

que puedan enfrentar la vida con calma y madurez; incluso odiarán su traqueteo Pero su introspección sobre el origen de todo eso es prácticamente nula. El rey permanece invisible, muy por abajo de la superficie.

El último rasgo transportado do la infancia es la impotencia para aceptar la frustración. Evidentemente, esta inhabilidad representa otro aspecto del rey interior, ya que uno de los privilegios de la realeza es seguir adelante sin interrupción.

Esperar es una afrenta al rango de un rey y una bofetada a su majestad. Las ramificaciones de esta inhabilidad para soportar la frustración están tan generalizadas y dan explicación de la conducta del alcohólico de tan largo alcance que parece conveniente tratar este rasgo en otro apartado.

Como ya se indicó, la incapacidad que tiene el rey para aceptar la frustración es perfectamente lógica El deseo del rey es la ley del territorio y especialmente del territorio de la infancia. Cualquier frustración es una amenaza directa a su calidad de monarca, cuyo ser es desafiado por un desdichado impedimento.

Aún más significativo es otro aspecto de este imperio interno. En él va implícita la consecuencia de que el individuo no debe ser detenido o demorado. Esto es lógico también si se considera que está operando un monarca absoluto que no tolera ninguna interrupción: como él quiera, así deberá hacerse. Este rasgo que persiste en el inconsciente, condiciona una presión para seguir adelante. El individuo dice, en esencia "a mí no me detiene nadie".

El inconsciente que no tolera ser detenido visualiza totalmente la vida desde el ángulo de una barrera probable, inminente o que no se vislumbra en absoluto. Cuando un límite es probable aparece la preocupación y, tal vez, la depresión. Cuando lo ve inminente, se presenta la ansiedad, que linda con el pánico; pero cuando desaparece la amenaza, hay alivio y alegría. La salud se equipara a un sentimiento de exuberancia y si el camino se ve fácil en el futuro, aparece el sentimiento: "Me siento estupendamente".

Por el contrario, la enfermedad significa falta de vigor y vitalidad y conlleva el sentimiento: "No voy a ninguna parte". La "necesidad de alcanzar algo", de "ir con la corriente" y el constante sufrimiento por la falta de reposo interrumpido, es otro efecto directo de la inhabilidad para ser detenido. Expresado de otra manera: la aceptación del hecho de que se es limitado.

El rey no solamente no puede aceptar las frustraciones normales de la vida, sino que, a causa del desordenado deseo de seguir adelante, se está creando continuamente obstáculos.

Por supuesto, en algunas ocasiones el rey se encuentra detenido y, a veces totalmente. Una enfermedad, un arresto judicial, reglas y códigos sociales pueden detenerlo.

Entonces marca el paso, se resigna si es necesario, esperando un retorno de la libertad, la cual celebra estruendosamente, si es un alcohólico, poniéndose una borrachera monumental, que inicia una fase en la cual nada lo detiene.

La inmadurez de una persona semejante es evidente.

Se impacienta con los retrasos y no deja que las cosas evolucionen normalmente.

La sabiduría de las edades pasadas es solamente tradición obsoleta que debe dejar lugar a la frescura, a la impetuosidad y a la ausencia de preocupaciones de la juventud. Ni siquiera considera la conveniencia de permanecer en el propio sitio y trabajar su propio destino, aquí y ahora. El axioma de las 24 horas no servirá nunca para alguien cuya vida interior no reconoce límites. Esta Mente que no puede ser detenida busca vivir, divertirse, tener aventuras y excitaciones y puede descubrir que está en un remolino perpetuo que lo empuja continuamente hacia adelante, pero por supuesto formando un círculo. La persona que no puede ser detenida carece de tiempo para desarrollarse y debería sentirse internamente como inmadura.

Todo esto se explica por la transposición de los rasgos infantiles que afectan al adulto que se ha colocado en un pedestal. Está poseído por una ley interna que no solamente lo obliga a hacer las cosas a la carrera sino que tampoco tiene capacidad para soportar las frustraciones. Siempre buscará una vida en la que no pueda ser detenido y, finalmente, se encuentra a sí mismo en una carrera circular sin término.

Todo esto es parte del gran Ego El individuo no tiene alternativa. No puede escoger una característica y adherirse a ella dejando a un lado otros rasgos obviamente perjudiciales. Es todo o nada. Por ejemplo, esta persona impulsiva tiene generalmente mucha energía, brillo y vivacidad. Aparece como un ser humano extraordinariamente atractivo Aferrándose a esa cualidad, solamente asegura la continuación de sus exigencias y de su Ego y con ello, la continuidad de penas, y dificultades de una vida basada en esas cualidades.

El sacrificio de los elementos del Ego debe ser total, porque de otra manera prontamente volverán a retomar su ascendencia.

Aquellos que consideran la vida tediosa y estúpida cuando está desprovista de empuje y vehemencia, deberán examinar la manera de vivir de los miembros de Alcohólicos Anónimos que siguen concienzudamente el Programa. Verán entonces gente que ha sabido apaciguarse y por ello no necesitan "ir a alguna parte", sino personas que por primera vez han aprendido cómo vivir sus vidas. No son tibios, ni aburridos; por el contrario, están muy despiertos e interesados en las realidades que los circundan. Saben ver las cosas con adecuada perspectiva, son tolerantes y dispuestos a examinar idean nuevas. Son receptivos sobre las maravillas que los rodean, incluyendo la presencia de un Poder Superior que hace todo esto posible Ellos son los que verdaderamente están viviendo. Es claro que lograr esa manera de vivir no es un éxito despreciable.

En el inicio de este trabajo se asentó la conclusión de que el Ego es un residuo de los sentimientos básicos en la vida del niño. Debe pues, ser evidente que la inmadurez que es un componente! característico del alcohólico, es resultante de la persistencia de los rasgos de infancia.

En conexión con la reseña de las manifestaciones que denotan un Ego crecido y activo, deberá ser recordado que la presencia inconsciente de esas potencias del Ego está fuera de la observación consciente. Solamente a través de la manera de actuar y de sentir del individuo puede ser trazada su existencia.

Ahora, a la primera pregunta que se hizo aquí -¿qué parte del alcohólico debe rendirse?- la respuesta es obvia: son los elementos del Ego.

Vivir sin Ego no es un concepto nuevo Hace dos mil años Cristo predicó la necesidad de perder la propia vida para ganarla. El no usó la palabra Ego, pero era la que tenía en mente los analistas de nuestro tiempo reconocen la misma verdad. Incluso ellos hablan sobre la reducción do ego. Freud contempló la terapia como una activa batalla entre el narcisismo del niño (su término para Ego) y el terapeuta, cuya tarea es reducir ese estado original a proporciones manejables. Después de Freud ya no se pudo concebir la vida sin algún vestigio del Ego, pero él nunca resolvió el enigma de obtener la satisfacción. Para él, el hombre está condenado a la contienda y a la desdicha, ya que sus más queridos deseos seguramente serán frustrados por un mundo enemigo.

En sus estudios sobre las adicciones, Radó afirma más explícitamente que el Ego debe ser reducido. Caracteriza al Ego de la siguiente manera: "Fue una vez un niño que irradiaba auto estimación, poseído por la creencia en la omnipotencia de sus deseos, sus pensamientos, sus ademanes y sus palabras".

Más tarde, al tratar el proceso de la reducción del Ego, señala: "Pero la megalomanía del niño fue derretida por las implacables presiones de la experiencia. El sentido de la propia soberanía tuvo que dar lugar a una autoevaluación más modesta, este proceso, que por primera vez describió Freud, puede conceptuarse como la reducción en tamaño del ego original. Es éste un proceso muy doloroso y que, posiblemente, nunca se logre por completo".

Tal como Freud, Radó piensa solamente en términos de reducción; pero la completa eliminación una posición que no quisieron asumir. Incluso propugnan imprudentemente por la conservación de algunos rasgos infantiles, sin darse cuenta de que al contemporizar con el enemigo, aunque se establezcan defensas, solamente se logra mantener al Ego con vida y dispuesto, en la primera ocasión, a irrumpir en la acción con toda su fuerza. No puede establecerse ningún compromiso ventajoso con el Ego y este hecho no ha sido suficientemente evaluado por la mayoría de los terapeutas.

Por eso el dilema surgido por la rendición del Ego puede ser resuelto con más eficacia, reconociendo que el viejo Ego debe desaparecer y tomar su lugar uno nuevo. Desde luego, no debe surgir ningún problema sobre retener, en mayor o menor medida, partes de los elementos originales. Teóricamente, la respuesta sería: ninguno. Pero en la práctica es sumamente difícil desechar totalmente la condición original. No obstante en el desarrollo humano la meta deberá ser la completa eliminación y lograrla es el objetivo deseado.

La segunda pregunta que se formuló en el presente trabajo fue: ¿En qué forma la reacción de rendición cambia el panorama psíquico interno?

Esta pregunta se basa en el supuesto de que la rendición es un paso emocional mediante el cual el Ego reconoce que ya no es supremo. Este reconocimiento no tiene valor hecho en el plano consciente, tendrá que ser acompañado por sentimientos similares en el plano inconsciente. Para el alcohólico la rendición se determina por la admisión de la propia impotencia contra el alcohol. La sobriedad tiene esa cualidad de paz y tranquilidad, que perdura en el interior solamente si la rendición es efectiva y permanente en el plano inconsciente.

Los resultados de la rendición en la psique son lógicos. Los rasgos enunciados como característicos de la influencia del Ego han sido anulados. Lo contrario del rey es la gente común y corriente. Con toda razón Alcohólicos Anónimos da énfasis a la humildad. Lo contrario de la impaciencia es tornar las cosas a su paso normal; es decir, lograr que sea una realidad interna el axioma: "Poco a poco se va lejos" Lo contrario de la vehemencia es conservar en la posición propia, aquella en que se puede tener mente abierta, ser receptivo y responsable.



La descripción del tipo de persona sin Ego puede ampliarse a diversos ámbitos, pero esto no tendría un propósito inmediato. El hecho de haber tratado los efectos del Ego en la conducta y haber señalado lo que sucede al suprimirlo, al menos temporalmente, de la acción, es suficiente para el propósito de este trabajo: el Ego es el principal enemigo de la sobriedad y debe uno deshacerse de él para lograr un nuevo modo de vivir.

Hasta este momento no se ha presentado material clínico para confirmar las ideas que se han presentado. Sin embargo, su validez es evidente para muchos terapeutas. Una breve presentación de experiencia clínica será ofrecida, esperando que sirva como ilustración concreta de esas ideas.

Un paciente, hombre de cerca de 40 años, había tenido una larga carrera alcohólica. Llevaba 7 años de inútiles intentos de recuperación en Alcohólicos

Anónimos, diseminados con muchas visitas a sanatorio. Entonces, por razones no esclarecidas, decidió dar un paso decisivo, resolvió entrar, estando sin beber, a un sanatorio y, cosa que nunca había hecho antes, ponerse en manos de un psiquiatra. Habló por teléfono para arreglar su estancia, durante la cual tendría entrevistas regulares conmigo.

Se veía desde el principio que esta persona trataba el asunto en serio; aunque no fue sino después de la primera entrevista que él se aflojó y pudo hablar libremente sobre sí mismo y de las cosas que ocurrían en su interior. Después de los preliminares de costumbre, en la primera entrevista se trató de los sentimientos y su forma de operar: El paciente fue interrogado sobre

la palabra Ego, como a veces se hace en las juntas de A.A. Confesó su ignorancia sobre su verdadero sentido y escuchó con interés la breve explicación sobre su manera de trabajar. No había pasado mucho tiempo cuando esta persona localizó en al mismo algunas de las potencias del Ego, que hasta la fecha había negado con obstinación por su gran semejanza con la vanidad y el egoísmo.

Después de reconocer eso, el paciente hizo una observación reveladora, dijo con toda sinceridad: ¡Dios mío! Jamás había sabido eso. Entonces, no se piensa aquí arriba (y señaló su cabeza), se piensa acá abajo, que es donde se siente (y señaló su estómago)".

Estaba aprendiendo que sus sentimientos tenían una "mente" propia y a menos que atendiera lo que expresaban, fácilmente tendría dificultades. Estaba contemplando la presencia de su Ego como un elemento sentimental en su vida y podía haber dado ese paso porque ya no estaba empujado por su urgencia y su impetuosidad. Su decisión de ponerse bajo tratamiento, que significaba una especie de rendición, lo había tranquilizado, lo había hecho receptivo, dispuesto a observar lo que estaba ocurriendo en su interior. Era el principio de un auténtico inventario.

En la siguiente introspección descubrió algo aún más sorprendente. Por rutina se le había pedido que relatara los sueños que tuviera. En su primer sueño, el paciente se vio encerrado en una institución a causa de su borrachera. La interpretación que surgió, basada en materiales importantes, era que el paciente equiparaba cualquier manera de arrestar su precipitación, con la de ser encerrado en algún lugar; que su dificultad máxima era que no podía tolerar ser frenado y que abstenerse de licor era solamente otra especie de freno.

La reacción del paciente a esa interpretación fue muy significativa. Guardó silencio por algún tiempo y cuando empezó a hablar dijo: "Se lo dije doctor, yo soy así. Me emborracho dos o tres días, luego voy a alguno de esos manicomios y me quedo cinco o seis días y todo el tiempo sigo con el deseo de beber. Al salir me mantengo seco una semana o un mes, pero pronto vuelve el pensamiento: quiero beber. Puede que vaya de inmediato a una cantina o puede que no; pero tarde o temprano voy y pido un trago. No me lo bebo al momento, lo miro y pienso: Rey por un día".

La conexión entre el Ego y su conducta ha quedado explicitada, así como la relación entre el hecho de no ser frenado y el Ego. El paciente vio con claridad que cuando tomara ese trago sería nuevamente el amo. Alguna reducción previa del Ego, había sido sólo temporal.

En el curso del tratamiento, el problema es hacer permanente esa reducción. La terapia esta centrada en las maneras y los medios de traer el Ego a la tierra y después conservarlo ahí. El examen eje este método resultaría fuera de lugar aquí, pero es importante enfatizar la asombrosa capacidad del Ego para desaparecer del mapa y después volver a entrar en él, jubiloso e intacto. El sueño de un paciente describe esta cualidad claramente: "estaba en el balcón de un doceavo piso en un hotel de Nueva York. Tiró una pelota de goma al pavimento, allá abajo, y la vio rebotar al nivel del balcón. Para

su asombro, la pelota volvió a caer abajo y volvió a rebotar a la misma altura. Este juego continuó por un tiempo indefinido y cuando estaba mirando un reloj en el campanario de una iglesia vecina, éste dio las 9". Como el gato de nueve colas el Ego tiene la notable capacidad de volver denodadamente al centro de la escena; un poco descompuesto, tal vez, pero muy pronto actuando con el aplomo anterior, convencido una vez más de que ahora él, el Ego, puede dominar todo lo que sucede y continuar su marcha expansiva.

Es extraordinaria la capacidad del Ego para desvirtuar la experiencia y sería humorístico si no fuera tan trágico en sus consecuencias. Reducir el tamaño del individuo y lograr que el resultado sea permanente, es una tarea que nunca se cumple en su totalidad. La posibilidad del retorno de su Ego debe ser enfrentada por cada alcohólico. Cada vez que vuelve podrá la persona evitar la bebida, pero seguramente sufrirá una "borracheira seca", que irá acompañada por la renovación de los viejos sentimientos y actitudes que volverán a hacer valer sus derechos y hacer de la sobriedad ir bamboleo de cansancio y descontento. Hasta que el Ego sea decisivamente desplazado podrán prevalecer de nuevo la tranquilidad y el contento. Tal como se ve en este proceso de lucha, la necesidad de ser auxiliado por un Poder Superior llega a ser evidente. El hombre únicamente humano y en soledad, parece muy a menudo impotente para enfrentarse con las fuerzas de su Ego. Necesita ayuda exterior y la necesita urgentemente.

Resumen

En el proceso de rendición que el alcohólico necesita experimentar para arrestar su alcoholismo, la parte de su personalidad que debe rendirse en su Ego inflado.

Este aspecto de la persona fue identificado por los rasgos de inmadurez, transportados de la infancia a la edad adulta.

Esos rasgos son específicamente un sentimiento de omnipotencia, la inhabilidad para tolerar la frustración y la excesiva impetuosidad, patente en la necesidad de hacer todas las cosas precipitadamente.

La manera como la rendición afecta al Ego fue presentada e ilustrada brevemente mediante experiencia clínica.

El objetivo de la terapia es la reducción permanente del Ego y de sus actividades.

